

EL PEAJE DE LA COMODIDAD

JOSÉ ANTONIO GARRIDO CÁRDENAS

OSCAR PALOMARES GRACIA

Bajo los adoquines, la playa. Era el 25 de mayo de 1968 y el barrio latino de París se levantaba en calma por primera vez en casi un mes. Los contenedores volcados cortando las carreteras y las barricadas, como los restos de un naufragio, anunciaban el principio de la tregua. Y presidiendo este panorama desolador, una frase que se repetía en las fachadas de edificios y comercios: *Bajo los adoquines, la playa.* Sólo cinco palabras. Apenas veinte caracteres para defender una nueva filosofía de vida y exigir una transformación social.

El *Mayo del 68* es la historia de cómo una pequeña manifestación estudiantil puede llegar a convertirse en una revuelta de escala continental, en un momento en el que nadie lo esperaba. Y esto era así porque la situación en occidente aparentaba un bienestar que no había existido hasta ese momento a lo largo de siglo XX. El “boom” económico se encontraba en su punto más álgido y las masas trabajadoras estaban tranquilas. Pero sería el sector estudiantil el que alzaría la voz. Era la primera vez que la juventud se presentaba como un factor social y político de relevancia, y lo fue porque protestaba contra la sociedad occidental en sus fundamentos, contra las estructuras básicas.

Todo comenzó un 22 de marzo en la Universidad de Nanterre. Ésta había sido fundada en 1964, en los suburbios al oeste de París, como una forma de distribuir a la gran masa estudiantil que empezaba a desbordar las posibilidades de la Sorbona, la histórica universidad de la capital francesa. Allí, un grupo de universitarios liderados

por un estudiante de sociología de 23 años llamado Daniel Cohn Bendit, Dani el Rojo, tomó algunas dependencias de la Universidad exigiendo mayor libertad de expresión política. La fuerte represión policial que este grupo sufrió, la detención de varios de sus miembros y la convocatoria de una huelga apoyada por el sindicato de profesores y la unión nacional de estudiantes, que fue seguida por casi la totalidad de los 600.000 universitarios franceses, desembocó en el conocido “lunes sangriento” –el día 6 de mayo- en el que se produjeron más de 400 detenciones y en el que más de 300 policías tuvieron que ser atendidos por heridas de diferente consideración.

En ese momento, la mecha ya estaba prendida. A la semana siguiente más de un millón de personas se manifestaba por las calles de París. A los estudiantes se les habían unido los obreros, los profesores y los artistas. En los días siguientes se produjeron múltiples encierros y los trabajadores ocupaban las fábricas mientras el gobierno se veía desbordado al conocer que diez millones de obreros se lanzaban a la huelga y el conflicto se extendía y afectaba a ciudades como Lyon o la Normandía industrial.

Durante todo ese mes las revueltas fueron una constante. Se ocupó la Escuela de Bellas Artes. Los sectores del carbón, transporte público, Ferrocarriles Nacionales o astilleros se unieron a la huelga. Se limitó la retirada de dinero de los bancos y el acceso por carretera a las ciudades fue bloqueado por los agricultores. Todo parecía indicar que la revolución había ganado. Así, a finales de ese mes de mayo, el presidente De Gaulle se vería obligado a garantizar un incremento salarial considerable y a anunciar la convocatoria de elecciones en cuarenta días.

A partir de ese momento, París comienza a retomar la normalidad y apenas un mes después de todo lo sucedido, una sensación de fracaso aborda a los sectores más afines a las revueltas. En aquellas elecciones De Gaulle ganó con el 60% de los votos, y la sensación era la de que el movimiento de *Mayo del 68* había fracasado como

revolución, ya que no había conseguido sino consolidar el viejo orden político. Paradójicamente, el gran beneficiado de aquella agresión al Estado iba a ser el propio Estado. Y no es que no consiguiera debilitarlo, sino que lo hizo más fuerte. La aparente calma política y la ausencia de tensiones sociales habían hecho que el poder político se sintiera cómodo. Pero a su vez, esa comodidad había conducido a que el Estado bajara la guardia, mostrando su incapacidad para luchar contra las agresiones externas. Sólo el contacto con dicha agresión le devolvió la capacidad de reacción.

Algo similar, llevado al campo de la inmunología, es lo que postula “la hipótesis de la higiene”. Ésta atribuye el incremento en la incidencia de enfermedades alérgicas en países desarrollados a los factores medioambientales que nos rodean y que son consecuencia directa del “nuevo” estilo de vida occidental. Así, esta hipótesis postula que factores como el exceso de higiene en países industrializados, el uso abusivo de antibióticos y vacunas, el incremento de animales domésticos en las viviendas o alteraciones de la flora intestinal debido a los hábitos alimenticios representan las causas fundamentales que pueden alterar drásticamente nuestro sistema inmune. La exposición a dichos factores desde edades tempranas o incluso en el útero, donde se inicia el desarrollo de nuestro sistema de defensa, genera una ausencia de agentes patógenos que impide el correcto funcionamiento, a nivel celular, de nuestro sistema inmune.

El desarrollo de un sistema eficaz de defensa contra agentes patógenos tales como virus, bacterias, hongos, protozoos o helmintos ha constituido una de las claves en el éxito evolutivo de los organismos vertebrados. Así, por ejemplo en la especie humana, las barreras físico-bioquímicas (piel y mucosas del tracto respiratorio, digestivo o genital-urinario) constituyen la primera línea de defensa contra dichos agentes patógenos y son capaces de repeler más del 90% de las agresiones externas. Junto a dichas barreras, que previenen la entrada de agentes potencialmente peligrosos, en el

hombre, el desarrollo de un sistema de defensa denominado linfoide y constituido por células, tejidos y órganos, como el timo o el bazo, ha permitido disponer de un sistema inmune eficaz y específico que permite combatir un gran número de infecciones tanto intracelulares como extracelulares. Así, la principal misión de nuestro sistema inmune es protegernos de todos aquellos agentes potencialmente peligrosos que nos rodean y que podrían desencadenar graves infecciones pudiendo, en casos extremos, incluso causar la muerte del individuo.

Para ello, nuestro sistema inmune cuenta en sus filas con toda una batería de células especializadas. Algunas de estas células, como por ejemplo macrófagos, monocitos, neutrófilos o células agresoras naturales (NK, de *Natural Killer*, en inglés) median en la eliminación o destrucción inespecífica de los agentes invasores (respuesta innata). Además, existen otras células denominadas linfocitos (de tipo B y T) cuya función es reconocer de forma específica a estos agentes patógenos y que tienen como características principales la especificidad y la memoria (respuesta adaptativa).

Los linfocitos T se dividen en dos tipos: linfocitos T citotóxicos, o CD8+, y linfocitos T cooperadores, o CD4+. Estos linfocitos CD4+, a su vez, se subdividen en Th1, Th2, Treg y Th17, y desempeñan diferentes funciones inmunológicas. Para que la respuesta inmune sea eficaz se requiere que el balance entre estas cuatro poblaciones sea el adecuado en cada una de las situaciones a las que nuestro sistema de defensa debe enfrentarse. La hipótesis de la higiene propone que es nuestro estilo de vida occidental el que desencadena un desequilibrio entre estas poblaciones, generando así, respuestas inmunes no deseadas.

En las últimas décadas, y fundamentalmente en países desarrollados -lo que casi todos coincidimos en denominar “primer mundo”-, estamos contemplando perplejos cómo aumenta, a una velocidad inimaginable tiempo atrás, la incidencia de un elevado

número de patologías tales como enfermedades autoinmunes -esclerosis múltiple o miastenia gravis, entre otros-, alergias –a fármacos o alimentos, por ejemplo- y, por supuesto, cáncer. En todas estas enfermedades están presentes, de una forma u otra, anomalías en el correcto funcionamiento del sistema inmune. Algunas de las preguntas que frecuentemente nos hacemos son: ¿Por qué nuestro sistema inmune ataca y destruye nuestros propios órganos o tejidos (enfermedades autoinmunes)?, ¿por qué reconoce como potencialmente peligrosas sustancias inocuas para el organismo (alergias)? o ¿por qué nuestro sistema inmune no reconoce un crecimiento incontrolado de células malignas y lo ataja (cáncer)?

Aunque a día de hoy no se conocen con exactitud las bases moleculares que expliquen este comportamiento anómalo del sistema inmune, en el caso concreto de la alergia se ha postulado la “hipótesis de la higiene”, quedando en el aire la posibilidad de que la exposición o depleción de determinados microorganismos también condicione la actuación de nuestro sistema de defensa ante las enfermedades autoinmunes o el cáncer.

Hoy, cuarenta años después de los sucesos de aquel mayo francés, justo cuando las alergias, las enfermedades autoinmunes o el cáncer parecen alcanzar su máxima repercusión debido al estilo de vida occidental, Dani el Rojo es portavoz del grupo de Los Verdes en el Parlamento Europeo y se harta de repetir: "*¡Olviden Mayo del 68!*". Él sabe que contribuyó a construir la sociedad en la que le tocó vivir, pero no está dispuesto a volver siempre a lo mismo. Las cosas han cambiado mucho desde entonces. La conquista de las libertades se ha transformado en la conquista del bienestar y los enemigos han mudado de traje. En cualquier caso, sólo conocer al agente agresor nos puede permitir luchar contra él. O quizá sea la propia lucha la que nos haga más fuertes. La hipótesis de la higiene viene a dar la razón a la historia. Ahora tendrá que ser la historia quien otorgue la razón a la ciencia.